

se inclinan preferentemente hacia lo onírico y las configuraciones de los acontecimientos al estilo de las que acostumbramos encontrar en el realismo mágico. Normalmente se crea una expectación y una tensión que van *in crescendo* para abocar en una solución insospechada y desconcertante. La temática surgida a menudo de las circunstancias sociales dan testimonio de la cercanía de los autores a políticas del día a día.

Un librito sugerente y muy ilustrativo para el lector y el estudioso deseoso de informarse y disfrutar de la producción de narraciones brevísimas en Nicaragua. No vendría mal si el editor se decidiera abrir el abanico y mostrarnos también lo que se está haciendo en los países vecinos.

Kurt Spang
Universidad de Navarra

YÚDICE, George. *The Expediency of Culture: Uses of Culture in the Global Era*. Durham & London: Duke University Press, 2003. 466 pp. (ISBN: 0-8223-3168-3)

En su colección de ensayos, publicados juntos por primera vez en esta edición, Yúdice se apropia del concepto foucauldiano de “gubernamentalidad” para analizar cómo se está usando la cultura con el propósito de encauzar una nueva conducta civil en la era global. Acompañando a la política neoliberal –un conjunto de principios predominantes a nivel mundial que incluye la privatización, el libre comercio y la reducción o eliminación de subvenciones estatales–, ha tenido lugar desde los ochenta un cambio radical en la relación entre gobierno y ciudadano, a fin de que el antiguo modo de política identificativa que caracterizaba la sociedad civil a lo largo del siglo XX esté siendo reemplazado por una cultura internacional del mercado donde corporaciones, oenegés y medios de comunicación masiva también influyan en las vías por las cuales el ciudadano reclama sus derechos en el ruedo social. Por un lado, la disminución del poder nacional ha resultado en una reducción de servicios estatales y un cambio radical en el concepto del espacio público (que está cada vez más en manos privadas). Pero a la vez, esto ha creado un “nuevo espacio social” que concede a los diferentes actores sociales más libertad para construir las normas de representación que mejor les convenga. En este contexto, la cultura se usa como recurso con muchos propósitos. Se puede administrar para aliviar las privaciones económicas y políticas que se presentan cuando el gobierno nacional ya no se ve dispuesto o capaz de intervenir al lado del pueblo. Los intereses comerciales la explotan para promover el consumismo. Los movimientos sociales también la utilizan a su favor para impulsar causas propias. De ahí el título del volumen, *La conveniencia de la cultura*. En suma, en la era global la cultura forma parte de una red compleja de representación en la que los varios participantes hacen concesiones mutuas para adelantar sus propios intereses.

Hoy en día el campo de estudios culturales está cobrando mucha fuerza en los

programas universitarios de los Estados Unidos, y Yúdice, profesor de Estudios Americanos y Español y Portugués en la Universidad de Nueva York (NYU), ha sido una de las voces más perspicaces en la elaboración de nuevos modos de concebir el proceso de cambio social en la era global. Es autor de numerosos libros y artículos sobre movimientos sociales en América Latina, editor de la influyente serie Estudios Culturales de las Américas de la Universidad de Minnesota y traductor. Además de su trabajo editorial, encabeza el Centro de Estudios Latinoamericanos y Caribeños y el proyecto Privatización de Cultura, ambos de su universidad.

The Expediency of Culture hace brillar la erudición del profesor Yúdice. Su conocimiento de una multitud de conceptos impresiona, aunque a veces agobie. Yúdice entreteje ideas de muchas disciplinas, manejando hábilmente teorías de Adorno, Butler, Foucault, García Canclini, Gramsci, Rama, y Schwarz (entre muchos otros) para hacer un análisis penetrante del globalismo, y es seguro que esta capacidad de relacionar temas estéticos, sociológicos y políticos va a interesar a un público lector muy variado. Aunque los ensayos de la colección ofrecen poca materia nueva del autor (la mayoría apareció originalmente en otros libros y revistas), la colección sí hace una contribución original al campo porque los capítulos recopilados aquí presentan un análisis comparativo del impacto de la globalización en las Américas. Según Yúdice, las presiones económicas y sociológicas de este proceso han emprendido una guerra de culturas en todos los países del hemisferio. En ensayos sobre temas aparentemente tan dispares como los zapatistas de Chiapas, los funkeiros de Río, y el arte colaborativo de los proyectos *inSITE*, documenta las diferentes acomodaciones con el globalismo que han ocurrido en México, Brasil y las zonas fronterizas de los Estados Unidos, ofreciendo una explicación convincente de por qué la manera de representar la identidad ha sido distinta en cada lugar.

La política de identidad sólo puede comprenderse según la especificidad de la sociedad, sostiene Yúdice, de tal manera que un entendimiento de los modos de representación social es imposible si desconocemos las raíces históricas que los engendraron (55). Como ejemplo, su discusión sobre el multiculturalismo comienza con una exploración de los viejos mitos nacionales que siguen avivando las guerras culturales en la era global. En los Estados Unidos la noción del pluralismo liberal creó una manera de percibirse que se fundaba en la primacía del individuo ante la ley, lo cual reforzaba la idea (o ilusión) de “distinto pero igual”. Bajo este esquema, los individuos que sufrían discriminación buscaban equilibrar la balanza social por medio de los tribunales. La tendencia de recurrir a la justicia pone de relieve una coincidencia exclusivamente estadounidense entre la normalización del comportamiento social y la ley. Empezando en la era de los derechos civiles (1950-1960), el sistema jurídico comenzó a identificar a las minorías étnicas como culturas distintas de la anglosajona, lo que a su vez, llevó a la codificación de una representación de diferencia para todos los grupos subalternos de los Estados Unidos, ya que la única vía que les quedaba de hacer públicas sus quejas era a través de los tribunales. Yúdice mantiene que la práctica actual de etiquetar con guión (“African-American”, etc.)

transgrede el carácter individualista del credo fundador “distinto pero igual”, y que es responsable en gran parte de la fuerte reacción de los conservadores en contra de una mirada de causas progresistas, desde los programas de “acción afirmativa” a las iniciativas para legitimizar el matrimonio homosexual.

La noción latinoamericana de multiculturalismo se diferencia de la norteamericana en dos aspectos. En primer lugar, se pone menos de relieve la legitimidad jurídica del individuo en los países de América Latina, recalcando en su lugar la relación de dependencia entre cliente y patrón, lo cual hace que el ciudadano agraviado no suela buscar reparaciones en los tribunales, sino que tienda a pedir a un protector que le arregle la situación en cuestión. En segundo lugar, las normas representativas de la sociedad corporativa exigen que los ciudadanos participen colectivamente en el ruedo social a través de asociaciones de sindicalistas, campesinos, indígenas, etc., que el Estado delinea para “proteger” los intereses de cada grupo. Cabe añadir que, desde los años veinte, la retórica del Estado ha favorecido a estos grupos populares con el fin de construir una identidad nacional y mantenerse en el poder (70). Cuando se combina la falta de una tradición jurídica universal con la historia de patrocinio estatal de las causas populares, no sorprende que la subalternidad latinoamericana se suela expresar en términos de afiliación, en lugar de diferenciación. El credo (u otra vez ilusión) que sostiene el sistema corporativista, “diferente pero unido” tiende a animar un tipo de comportamiento social, o “performatividad”, distinto al estadounidense.

Cuando dice Yúdice que “no es por casualidad que el libre comercio y la diversidad se lleven bien” (251), subraya la facilidad con que “la cultura-ideología del consumismo” se difunde por el mundo, especialmente en nuestra era en la que el poder del Estado ha disminuido. Debido a la presencia prominente de los Estados Unidos en el mercado internacional, su marca de multiculturalismo (que se basa en la diferenciación) es la que ahora predomina en muchas partes del mundo. En América Latina aunque la política de diferencia no forma parte de las costumbres performativas autóctonas, ha sido necesario adoptarla o, por lo menos, aprender a manejar su discurso para poder tener acceso al espacio internacional (129). Como ilustra el caso de los zapatistas, por ejemplo, cuando el gobierno nacional negó sus peticiones de justicia social, era necesario llevar los pleitos de los campesinos e indígenas en contra del neoliberalismo a un foro supranacional (Internet). El éxito de su campaña de publicidad requería que aprendieran el discurso de diferencia para poder suplantar la influencia nociva del PRI. Igualmente en el caso de los funkeiros, la carencia de recursos estatales hizo necesario que los músicos trasladaran al foro comercial su movimiento para fomentar la democracia racial en Brasil. La toma de conciencia del público sobre la situación de los favelados pobres de Río exigía que los grupos afroreggae participaran en el mismo sistema que los reprimía.

Como parte de su teoría de cultura-como-recurso, Yúdice destaca algunas de las muchas contradicciones culturales intrínsecas al globalismo: la transculturación que acompaña el consumismo mundial homogeniza la mismísima cultura local que pre-

tende conservar; el rompimiento de las barreras tradicionales entre la alta cultura, la cultura de masas y la cultura antropológica no quiere decir que la jerarquización entre ricos y pobres haya desaparecido; y el apoyo de la cultura para solucionar los problemas sociales inevitablemente produce más discordia social. *The Expediency of Culture* no intenta cerrar estos debates, sino que nos hace reflexionar sobre nuestra colaboración con las instituciones públicas que rigen nuestro comportamiento en la era neoliberal.

Kelley Swarhout
Universidad de Colgate. EE.UU.